

KARINA LUZ



VIAJE

AL FIN DEL

*Océano*

D.J.57

# **Viaje al fin del océano**

Karina Luz

PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO 2019

*Copyright © 2019 por Karina Luz Bocanegra Salcedo*

Derechos reservados conforme a la Ley.

Ilustración de portada:

“Silent swimmer” de Scout Cuomo

[www.karina-luz.com](http://www.karina-luz.com)

## Índice

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

«En un sentido la literatura es más verdadera que la vida».

**DE BEAUVIOR, *Los mandarines***

## I

Tras las rocas inmensas se derramó la luz, esa luz desconocida y terrorífica; yo solo atinaba a cubrirme el rostro con las manos, pero la luz penetraba mis adentros como si nunca más fuera a iluminarnos, como si fuera esta una bienvenida-despedida. Luché en vano por contenerme, pero sabía que si no caminaba hacia ella, luego me arrepentiría. Arrastré mis piernas hacia el destello monumental, ante la mirada extrañada de mis amigos, quienes no entendían por qué en vez de huir yo buscaba el peligro. Y es que a los humanos les aterra dar ese salto cuántico y quizás, morir.

Ya no pude resistirme, la luz me llamaba como la miel a las abejas, pero unas abejas cansadas y sedientas que durante siglos no han conocido nada más que sudor y lágrimas. *¿Por qué la vida es sufrimiento?*, me preguntaba esta y otras cosas, aunque claramente podía ver mi futuro.

—No vayas Hulsh, quizá sea lo último que hagas —gritó Stimper.

Pero ya era demasiado tarde. La luz cobraba matices azules, como si quisiera encandilarme aún más. El resplandor comenzaba a opacar la roca más prominente de manera que apenas podíamos vislumbrarla. Entonces quedé inmóvil, esperando que algo aterrador sucediera: el miedo es como un catalizador del silencio impuro y salvaje. No supimos qué ocurrió realmente esa noche, solo que despertamos en una cueva antediluviana cargada de un aroma heroico.

—¿Qué pasó? ¿Y esa luz azul de anoche? ¿Dónde está Hulsh? —pronunció Stimper como si se hubiera despertado de una pesadilla. Abruptamente se levantó—. ¡Hulsh!

Me volví con pereza, mi cuerpo se sentía renovado, como si hubiera bebido un elixir mágico. Stimper corrió hacia donde aún yacía recostada; me miró como quien encuentra un talismán de luna.

—¿Qué ocurre? —pregunté en tono rezongón.

Stimper se arrodilló, tomó mi rostro entre sus manos vivazmente y me examinó de pies a cabeza. Todo estaba bien. Purgó sus preocupaciones torpes aunque de una ternura solar explícita.

—¡No vuelvas a hacer eso! ¿Qué tal que eran alienígenas y te abducían?, ¿estás demente?

—Volvía a su planeta de origen y ya está —irrumpió Giroud. Su rubia barba húmeda por la garúa matinal irradiaba una extraña autoridad, como si fuera un intelectual excéntrico del siglo XIX. Sus anteojos redondos oscurecían la atmósfera de por sí lúgubre. Esbocé una sonrisa tenue, el humor de Giroud siempre funcionaba conmigo. Stimper se volvió con rabia; su eterno rival lo confinaba a una inferioridad emocional insoportable, y el hambre y la sed acechaban fieramente. Me puse de pie.

—Voy a buscar agua —dije de modo cortante.

—Te acompaño —dijo Vrie—, este par me tiene hasta la coronilla.

Liersen y Broits aún dormían plácidamente. Salimos de la cueva de buena gana, felices de dejar atrás a Stimper y Giroud, quienes empezaban a reanudar su discusión.

Atravesamos la trocha desnuda en busca de un ojo de agua; cuando por fin lo encontramos, Vrie se abalanzó como un guepardo; bebimos como si no hubiéramos conocido el agua jamás. Al retornar, Vrie recuperó el aliento y tuvo fuerzas para decir lo que había estado postergando.

—¿No te purga que esos dos se peleen por ti como fueras un trofeo?

Quedé en silencio por unos segundos. ¿Qué era lo que le molestaba? Ella tenía a Broits; quizá su ego le reclamaba ser asediada por dos hombres a la vez y me reprochaba que fuera yo en su lugar.

—No he aceptado a ninguno, por lo mismo que no soy un trofeo —añadí —; esta noche puede que esa luz aparezca de nuevo, aunque ya habremos estado muy lejos.

Me hubiera gustado confiar en Vrie, me hubiera gustado confiar en alguien, pero tenerme a mí misma era más que suficiente. No necesitaba un amor para validarme, tampoco honores. Presentía que pronto me separaría del grupo, después de todo, nuestro ciclo amical había empezado a desvanecerse como una brisa efímera. ¿A dónde iría? Volver a casa de mis padres hubiera sido una derrota, pero más que eso, hubiera significado aceptar sus reglas y me hubieran obligado a casarme, acontecimiento que no estaba en mis planes de libertad. Sí, prefería la muerte a vivir una vida de opresión. Esa luz azul era una puerta de salvación: la entrada a lo desconocido.

Vrie abrió la boca para protestar, pero la silueta de Stimper irrumpió en nuestros pensamientos. Él era un hombre con estilo, cuando lo conocí se daba

aires de importancia, como si nadie fuera capaz de inspirarle sentimientos. No sé bien en qué momento quebrantó sus leyes privadas para quererme; habíamos vencido a la muerte, habíamos viajado juntos tanto tiempo, habíamos compartido tanto, que su dureza terminó por ablandarse. *¿Por qué yo?*, me preguntaba con frecuencia. Tantas mujeres hubieran querido estar en mi lugar, un hombre como aquel, de pecho invencible, de mente prolífica, de noble corazón: su voluntad no conocía límites. Sin embargo, mientras más lo rechazaba, más se acercaba a mí. ¿Acaso era una suerte de sadomasoquismo? No lo sabía, como tampoco sabía cómo se tomaría el hecho de que me fuera para siempre.

—Traigo las cantimploras —dijo con alegría. Me contempló un momento.

—Está bien, creo que recolectaremos frutos —respondí sin miramientos—. Liersen y Broits nos pueden ayudar.

Vrie asintió en silencio. Le disgustó que Stimper hubiera interrumpido su ataque.

Stimper siguió su camino con una sonrisa. Sus dientes brillaron con el primer rayo de sol.

Una vez lejos, Vrie prosiguió:

—A mí no me engañas. A ti te gusta este juego, y sé que te gusta Stimper —dijo con malicia.

Quedé pensando nuevamente. Ante mi silencio, Vrie sonrió triunfal; sin embargo no era una victoria para ella: yo seguía siendo el centro de atención.

—Tengo tanta hambre que me comería una isla entera —decidí cambiar de tema y Vrie no insistió en el asunto.

—Y lo necesitas, estás tan delgada...—agregó Liersen. El bonachón Liersen, el único que no ocasionaba problemas, siendo el menor de todos además, y amigo incondicional de Broits, en ocasiones me sorprendía por su madurez. Era extraño, pero me sentía más cómoda cuando él estaba alrededor.

—Todos estamos delgados, salvo Stimper, que se las arregla para cazar tigres y comérselos como un tigre caníbal —dijo Broits, riendo. Era el hombre ideal de Vrie, algo mayor, pulcro y delicado. Ambos habían decidido unirse hacía ya buen tiempo, aunque las discusiones no se hacían esperar. Yo suponía que eso era normal en una pareja, discutir. Aunque yo nunca había estado con nadie.

La mañana avanzaba ante nuestros lomos de humanos nómadas. Hacía poco habíamos tenido que enfrentar a los ciudadanos, que con sus armas extrañas casi habían acabado con nosotros. Pandillas salvajes de muchachos de ciudad que merodeaban nuestro hábitat en busca de sangre inocente. Nosotros creíamos ciegamente en la leyenda del dios nómada, aquel que podía alzar vuelo sin necesidad de alas, y guiaría a los nómadas hacia la Tierra prometida, que se encontraba más allá del fin del mundo, más allá de los océanos y ciudades, más allá de toda la falsedad, impureza e hipocresía. Alguna vez fuimos ciudadanos, jóvenes adolescentes que dependían de la caridad de su familia. Pero luego descubrimos, cada quien por su cuenta, que la familia era una carga, un lastre, una excusa para estancarse en la mediocridad de la vida en sociedad, de esa sociedad lacerante y opresiva. Prefería morir que volver a ser ciudadina. Pero mi tiempo de nómada también estaba llegando a su fin. No añoraba conocer el amor, tampoco me entusiasmaba la fama o el poder. Añoraba desesperadamente la luz azul, que ya me había seducido, que ya me había transformado, que ya me tenía doblegada ante su belleza. Si alguna vez sentí la sed de beber agua, ahora sentía algo nuevo, «sed de luz» si se quiere. Pero no debía decírselo a nadie, no, no podía confiar...

A mediodía nos dirigimos a la cueva para almorzar los frutos recolectados. Stimper y Giroud seguramente habían estado cazando y ahora aprovecharían para alardear y tratar de impresionarme. Odiaba la carne de tigre, aunque no se los había dicho. Temía herir sus sentimientos. Estaba pensando seriamente en volverme vegetariana, pero ello era muy difícil. La carne tenía proteínas que los vegetales no podían reemplazar fácilmente. Y yo no tenía mucho tiempo para ocuparme de mi alimentación. Me gustaba explorar el bosque e interactuar con animales nuevos. Una vez soñé que atravesaba el fin del mundo y al ras del mar un animalito extraño me observaba con placidez. Tenía flores verdes creciendo en su cabecita gris, sus ojitos negros me miraban con infinita paz, y su cuerpecillo flotante y de suave pelaje parecía estar suspendido sobre las aguas como Cristo en medio de la tormenta. ¿Acaso era un augurio de lo venidero?

Ya en la cueva, encontramos a Stimper prendiendo fuego a unos leños. Estaba anocheciendo.

—Hola —dije plácidamente—. ¿Cómo va todo?

Stimper volteó a mirarme con sorpresa.

—No los esperábamos hasta las nueve. Recién cocinaremos la carne. He cazado un enorme tigre de bengala.

—¿En serio, tú solo? —preguntó Giroud con ironía.

—Seguro me ayudaste un poco —respondió Stimper de mala gana.

—Ya veo, casi nada —Giroud me miró haciendo un gesto sarcástico y condescendiente.

—Ustedes nunca se cansan —añadió Liersen.

Liersen, Broits y Vrie se sentaron alrededor de la fogata.

—Es una linda noche; contemos historias de terror —musitó Vrie.

Giroud esbozó una sonrisa maliciosa.

—No me gustan las historias de terror, luego no puedo dormir —confesé apenada.

—Ya oyeron, nada de terror —ordenó Stimper.

—¿Y por qué tenemos que hacer lo que ella dice? Vaya... —dijo enojada Vrie.

—Yo me sé una historia extraña, no sé si es de terror pero les gustará —agregó alegremente Broits.

Se escuchaba la cocción de la carne puesta al fuego por Giroud, quien me guiñó un ojo a modo de complicidad. Giroud era atractivo, no podía negarlo, y hubiera sido demasiado fácil aceptar su propuesta de unión; sin embargo yo era excesivamente independiente y no soportaba la idea de compartirme con un hombre. Junto a Stimper, me había acompañado mucho tiempo en mis luchas y nos habíamos sumido en eternas conversaciones bajo la noche. No me interesaba más que su amistad y no confiaba en él del todo. Su personalidad serena y enigmática, y ese sentido del humor tan sutil, me gustaban, me daban cierta paz.

Broits comenzó a narrar la extraña historia. Se trataba de un cazador de tesoros que recorría el mundo en busca de aventuras y nuevas experiencias. Un día, cansado de fracasar en sus intentos por hallar una gema rosada en medio de una isla recóndita, se quedó dormido junto a un roble muy suave. Durante la noche se escucharon aullidos y gritos de animales desconocidos, pero éstos no se acercaron donde estaba el aventurero. A la mañana siguiente, Frasch despertó desnudo. Buscó sus ropas alrededor, buscó en toda la zona aledaña, buscó en la orilla del mar... Frasch no entendía qué había pasado. Tiritando de frío, hambriento y exhausto, esperó la muerte al pie del generoso roble. Nuevamente despertó y su ropa había vuelto, ¿quién lo había vestido?

De pronto escuchó una risa socarrona y el espectro de una mujer muy bella se aproximó de entre los árboles. Era un fantasma. Pero Fräsch no creía en lo paranormal. La mujer tenía colgado en el cuello una gema rosada, quería dársela. Se reía incontrolablemente y Fräsch solo atinó a desmayarse. Su cuerpo estaba muy débil cuando despertó nuevamente, seguía vestido. Entonces supo que su búsqueda había llegado a su fin, puesto que la gema rosada tan añorada yacía a su costado.

Al terminar de contar la historia, Broits esperaba aplausos, por lo menos gestos de reconocimiento, pero en su lugar recibió miradas de desaprobación.

—Qué historia tan mala —dijo Stimper con sorna.

—No tiene ningún sentido, ni siquiera hay un nudo en la trama —dijo Vrie, que gustaba de leer novelas y cuentos.

—Creo que le falta algo, aunque no sabría decir qué es —atiné a decir, un poco preocupada por cómo se sentiría Broits ante los comentarios negativos de Stimper y Vrie.

Giroud y Liersen guardaron silencio algo condescendiente.

Después de una pausa, Broits respondió:

—No son capaces de darse cuenta, ¿verdad? Es una gran metáfora: lo que buscamos eventualmente nos encuentra, no importa cuán adversas o absurdas sean las circunstancias, nuestros anhelos siempre llegan a cumplirse, por eso hay que pensar cuidadosamente en el objetivo que se quiere alcanzar.

*Eso tiene mucho sentido, pensé.*

Si nuestros deseos se cumplen inevitablemente, entonces no había nada más que decir: era hora de partir hacia esa isla recóndita en busca de mi gema rosada.

## II

Cuando era niña, mi sueño más grande era ser exploradora. Mi padre me había dicho: «Tú serás enfermera, como tu abuela que curaba a los soldados heridos en la guerra interminable. Nada más noble que servir a tu nación». Ese día supe que debía huir de casa. Mi madre rara vez decía algo, generalmente estaba cosiendo, cocinando, limpiando. Mis hermanos eran estudiantes mediocres, excepto por el menor, quien tenía devoción por la poesía. Yo no entendía nada de eso, pero verlo apasionarse con los versos de Feighman me hacía pensar que su alma estaba hecha para contemplar la belleza. Crecí pensando que yo era innecesaria y burda, soportando las burlas de mis hermanos, vecinos y compañeros de estudios, quienes nunca me tendieron una mano amiga, y cuando cumplí los dieciocho años, me lancé a los bosques sola, en busca de mi destino. No dejé ninguna nota, pensé que el silencio sería elegantemente cruel para mi familia, que solo me había enseñado dolor y sufrimiento. Mi padre autoritario, mi madre sumisa, me dejaron una gran lección: la familia es un yugo que hay que cortar de raíz. Me extirpé de ellos como un tumor igualmente maligno, porque así me hicieron sentir, y pasaría mucho, mucho tiempo para olvidar, para cicatrizar, para empezar de nuevo.

Lo cierto es que nunca más supe de ellos, dudo que me extrañaran o que les haya importado mi desaparición.

Nuevamente era hora de huir de mi círculo de amigos, a quienes había conocido en medio de ataques de pandillas en el bosque. Stimper me salvó la vida más de una vez, igual que Giroud; ellos fueron los primeros en aparecer en mi vida de nómada. Luego se unirían Broits y Liersen, quienes habían estado buscando un grupo donde encajar. Finalmente Vrie aparecería en el camino, la habíamos hallado moribunda después de haber sido atacada por salvajes ciudadanos. Se recuperó con dificultad luego de algunos meses.

Tenía que planear mi huida, iría a ser especialmente difícil dado que Stimper y Giroud estaban enamorados de mí y seguramente pondrían algún impedimento.

Me encontraba cavilando sobre las posibilidades de escapar de noche mientras todos dormían, cuando ella apareció de nuevo. Esta vez no había roca de por medio, y pude verla en todo su esplendor. La luz azul me tragó con furia y desaparecí en medio de una adrenalina infinita. Cuando recobré la conciencia, el mar me habló:

—Como ellos hay muchos, como tú y yo ninguno. Sin embargo no somos felices. Dime, ¿ya encontraste tu destino?

¿Cuál era mi destino? ¿Por qué yo era diferente? ¿Por qué el mar me hablaba?

—Soy el océano infinito, como un círculo me muerdo la cola, y me gobiernan los Dioses. ¿Ya sabes quién eres?

Me quedé sin palabras. Esperé a descifrar el paisaje a mi alrededor. Un pedazo de tierra semejante a una isla desierta, el cielo poblado de estrellas que brillaban escandalosamente, el océano indomable. Entonces, el océano cobró la forma de un hombre de agua, cristalino y puro, y me informó de sus pretensiones.

—La Diosa ha hablado. Has deseado tan fervientemente encontrar tu destino, la razón de tu existencia. Yo te acompañaré hasta cumplir tu misión y luego volveré a mi hogar —su voz era grave, muy grave, pero asexuada.

—¿Qué sucedió?, ¿qué fue de la luz azul?, ¿dónde estoy? —pronuncié estas palabras evitando entrar en pánico al ver semejante espectáculo.

—Cruzaste el umbral de la vida. Estás en una realidad paralela —se limitó a decir.

Y en el cielo se dibujó un corcel alado que entonaba una bella melodía, se escuchaba como una bienvenida.

—¿Qué hago aquí?, ¿por qué llegué aquí?, ¿quién es la Diosa? —inquirí con ansiedad.

—Precisamente, es lo que tienes que descubrir.

Absolutamente perdida, exhausta y desconcertada, solo atiné a contemplar el exorbitante escenario. El hermoso corcel alado vino a mi encuentro y me dijo:

—Te esperábamos, Hulsh. Justo a tiempo —y sonrió mostrando sus relucientes dientes blancos.

Realmente, lo mejor que se me ocurrió fue que me encontraba soñando. Estaba en un sueño, sí, seguramente eso era. Un sueño dentro de otro sueño, quizás.

Sin embargo, por más que cobré conciencia, no despertaba, y los acontecimientos continuaron desarrollándose de manera inimaginable. Recordé el relato de Broits y sus palabras: «Lo que buscamos eventualmente nos encuentra, no importa cuán adversas o absurdas sean las circunstancias, nuestros anhelos siempre llegan a cumplirse, por eso hay que pensar cuidadosamente en el objetivo que se quiere alcanzar».

De tanto pensar me quedé dormida al pie de una roca suave. Cuando desperté, el hambre calaba mis entrañas. El océano yacía montado sobre el corcel alado y con un gesto me invitó a acompañarlo.

—Iremos a buscarte comida —dijo el océano con voz neutral.

Asentí en silencio, mareada por tantas emociones abruptas. Apenas si recordaba mi pasado. Pensé: *Creo que he vuelto a nacer*. Y nos alejamos volando por la orilla del cielo. Las estrellas gigantes nos saludaban al pasar, haciendo exclamaciones y riendo. Lo que quedó del mar aún yacía en la superficie de la Tierra y el corcel alado rozó sus patas con el agua frondosa.

—¿A dónde vamos, corcel? —dije casi a gritos.

Pero no fue necesaria ninguna respuesta. Habíamos arribado a una isla poblada por un castillo de mármol, cuya belleza era comparable a un paraíso terrenal.

—Soy Pegaso, Hulsh. Mi nombre es Pegaso. Y el océano se llama, ya sabes, Mar —dijo con una risita.

Lo siguiente que recuerdo, fuimos nosotros sentados a la mesa del magnífico castillo, acompañados por su reina, Laistrick, una mujer de tez morena y hermosa.

Me limité a engullir el banquete, y a escuchar la conversación más extraña que hasta ese momento había presenciado.

—Las rosas del techo están invadiendo el castillo. Ya no puedo controlarlas, entretejen más rosas y casa vez más grandes, y se posan en las camas, en la bañera, en una mesita de noche donde guardo El Libro —dijo abatida la reina.

—¿Han intentado llevárselo? —preguntó Mar.

—¡No!, saben que los Dioses lo recuperarían.

Yo quise saber de qué libro estaban hablando, pero no dije nada.

Al terminar la charla y la comida, la reina nos invitó a pasar la noche en el castillo. Acepté gustosa y le agradecí con una sonrisa.

—Es un verdadero placer conocerte, Hulsh. Y es todo un honor tenerte de

invitada.

Yo no tenía idea de por qué decía eso, yo no era nadie, pero tampoco pregunté.

El mayordomo me mostró mi habitación, que era onerosa, y, sin ganas de auscultarla, me quedé dormida nuevamente, esta vez sobre la cama más lujosa que había visto, ya que tenía incrustaciones de oro y diamantes.

Esa noche soñé con el fin del mundo de nuevo. Era un lugar donde ya no había más trocha, ni humanos, ni animales, nada. No alcancé a ver qué había detrás de la nada, porque desperté sobresaltada. Prendí la lamparilla de mi mesita de noche y vi una rosa. Observé el techo y vi más rosas de todos los colores, brillando desesperadas. Parecía que se esforzaban por ser hermosas, y no lograban estar satisfechas. Algo llamó mi atención, un libro que yacía sobre la mesita de noche. Estaba empastado en cuero marrón y al hojearlo pude notar que tenía casi todas las páginas en blanco, excepto la última, donde estaba escrito un poema:

*Ya no hay escapatoria,  
rezo para encontrar mi destino a tiempo,  
porque es mejor recibir la eternidad con las mejillas rosadas  
como el ocaso que gobierna la muerte.*

*Me ha creado un poema,  
yo también soy gobernante  
y me he rebelado contra la palabra  
y ahora escribo poemas  
a mi imagen y semejanza.*

*Encadenada a mi vocación,  
así arribaré a Puerto Supremo,  
donde el horizonte embiste las olas;  
la sal del océano derretirá mis cadenas,  
todos los seres vendrán a descubrir  
a la magnífica bestia sudamericana  
y pintaré la existencia con el poema,  
crearé nuevos códigos,  
diré el nuevo género*

*y forjaré nuevos barcos  
hacia el horizonte horrísono  
donde los trabajadores murieron  
donde la muerte no podrá ser.*

*La inmortalidad me abrasará  
en incandescencias forradas de locura.*

*No tendré miedo.  
No regresaré.*

No tenía ni idea de lo que quería decir aquel escrito, que de por sí tenía cierta belleza aunque yo no era lo suficientemente inteligente ni culta para descifrarlo. No obstante, algunas palabras me encandilaban, sobre todo el final: *No tendré miedo. / No regresaré.* Siempre había soñado con ser exploradora y ahora mi sueño se estaba cumpliendo. Además, me encaminaba hacia una aventura interminable, y no había vuelta atrás, algo que me devolvía la fe y la esperanza.

Haber leído aquel poema me hacía recordar a mi hermano menor, Styr. Seguro que le hubiera encantado leerlo. Aquel recuerdo arrastró a mi memoria toda mi vida anterior. Pero no me dejé vencer por la nostalgia, solo apagué la lamparilla y me volví a dormir.

### III

Al día siguiente, cuando ya era hora de partir, decidí llevarme aquel libro. Sabía que no era correcto robar, pero algo en mi fuero interno me conminaba a no separarme de él. Algo me decía que era la clave de mi destino. Lo enfundé en mi bolsa de viaje y fui al encuentro de Pegaso y Mar.

Nuevamente enrumbamos hacia tierras lejanas, no sin antes agradecer la hospitalidad de la reina Laistrick, quien nos exhortó a volver cuando quisiéramos.

—¿A dónde iremos ahora Pegaso? —pregunté casi a gritos.

—Esta vez el viaje será más largo, ya verás cuando lleguemos —respondió misteriosamente.

Cruzamos islas y fragmentos de mares, el cielo rozagante estaba adornado con los imponentes rayos de sol matinal. Un hermoso día se avecinaba, realmente hermoso.

Después de algunas horas aterrizamos en tierra firme en lo que parecía ser la primera ciudad de aquella realidad paralela. Pude vislumbrar un castillo a lo lejos, se trataba de uno diferente, con diseños altamente modernos, aunque yo no sabía nada de Arquitectura.

Después de recuperar el aliento, Mar me tomó de la mano y me condujo hacia una pileta rodeada por vegetación y algunas bancas.

—Hay que asearse y descansar un momento, ha sido un viaje largo —pronunció en ese su acento neutral.

Yo observé a la gente a mi alrededor, había seres muy extraños, como salidos de un catálogo de extraterrestres. Me quedaba contemplándolos absorta en sus características inusuales, algunos eran muy altos, como de dos metros y medio, de piel multicolor, ojos grandes, narices pequeñas, trajes que dejaban al descubierto su pecho y brazos. Otros eran de estatura mediana, ojos pequeños, narices prominentes, sin cabello, y con túnicas monocromáticas. Hablaban idiomas desconocidos, otros ni siquiera pronunciaban palabra, solo atinaban a mirarse largo rato y asentían. No me prestaron atención y Mar se saludó con algunos transeúntes. Uno de ellos se

acercó, traía un uniforme con insignias representando quién sabe qué. Sus largas orejas y su boca pequeña llamaban mucho mi atención.

—¿Es ella? —preguntó el ser escuetamente.

—Sí —respondió Mar.

—Vayamos donde él —sentenció, y, blandiendo su extraño escudo, me hizo gesto para seguirlo.

Yo quise hacer muchas preguntas, pero Mar me dijo:

—Todas las preguntas que quieras hacer se las harás a él. Ya lo conocerás.

Caminamos largo trecho, atravesando calles y plazas, y cuando por fin llegamos al castillo moderno, una obesa señora salió a recibirnos. Parecía la ama de llaves. Había guardias en la entrada portando uniformes sobrios.

Una vez dentro, me invitaron a sentarme en la estancia principal junto a Pegaso y Mar. Yo no sabía a quién debía ver, pero me sentía nerviosa. Después de treinta minutos aproximadamente, él apareció.

—Qué tierna te ves. He estado esperándote —dijo con una sonrisa.

No atiné a decir nada, este hombre era humano, o casi humano; la tonalidad de su piel era sonrosada, tenía el cabello rojizo, era alto y fornido, con una larga capa real. Aparentaba unos treinta y cinco años.

—¿Quién es usted? —pregunté inquieta.

El hombre se acercó, pero no lo hizo caminando, más bien se elevó por encima del suelo y se estacionó muy cerca de mí.

Atónita, comencé a recordar la leyenda del dios nómada, que se elevaba por los aires sin necesidad de tener alas.

El hombre pareció leerme el pensamiento.

—Sí, soy el dios nómada. Me llamo Yuvitz.

No supe cómo reaccionar. Su aura comenzó a brillar y yo explotaba de preguntas sin respuestas.

Al cabo de unos minutos recobré el aplomo y le pregunté:

—¿Por qué me estuvo esperando?, ¿cómo sabe que existo?, ¿por qué...?

—Te quedarás en mi castillo lo que queda de la temporada. Solo una pregunta por día, Hulsh. Elige.

Inhalé profundamente y exhalé tratando de cargarme de paciencia. Todo parecía salir de una película de ciencia ficción.

—Está bien. ¿Qué haré aquí? —pregunté pausadamente.

—Entrenar. Conmigo. Tienes El Libro, ¿no es así? Debes descifrarlo.

Pensé que el dios nómada debería estar en el bosque, trepando los árboles y en constante movimiento; ya le echaría en cara su incoherencia.

—Me quedo aquí, en el castillo, durante la primavera. Me gusta mi jardín y además debo organizar una reunión muy importante —dijo nuevamente, adelantándose a mi pregunta incómoda.

Luego de aquella presentación sin sentido, Yuvitz me mostró parte del castillo y mi habitación. Esta vez no hallé rosas en el techo, más bien madreselvas, lo cual era agradable pues no las noté desesperadas por brillar. El castillo tenía muchas habitaciones, tres comedores, cuatro estancias, dos cocinas, y un cuarto de baño cada que uno daba un paso. Pensé que sería bueno tomar una ducha, así que Yuvitz me dejó sola por un momento.

Después de asearme, decidí revisar El Libro nuevamente. ¿Qué misterio escondía? Entonces, al ver las páginas en blanco, me dieron ganas de escribir a modo de diario personal.

*Fecha desconocida*

*Por más que hago muchas preguntas no logro tener ninguna respuesta relevante. No tengo idea de cómo llegué aquí y qué sucedió con la luz azul. He dejado atrás a todos lo que conocía, he visto al océano hablar, a Pegaso volar, a seres imposibles interactuar. Me tratan como alguien importante, pero yo no soy nadie y ahora debo descifrar este libro para hallar mi destino.*

*Hoy conocí al dios nómada. Es un hombre imponente pero extraño y no sé qué quiere de mí. No me place estar aquí, prefiero el bosque y sus extravíos.*

*Mi deseo más ferviente se ha cumplido, y ahora no sé qué más hacer.*

*¿A qué santo le rezaré?*

*Solo espero encontrar respuestas, y seguir con vida.*

Entonces, Yuvitz entró a mi habitación e interrumpió mi escritura.

—Ya veo que encontraste el modo de emplear El Libro. Eso está muy bien.

—Pudo haber tocado antes de entrar —dije enfadada.

Yuvitz sonrió condescendentemente y dijo:

—Ahora es tiempo de plantearte nuevas metas. Seguramente querrás ser feliz, pero la cuestión es cómo. ¿Es eso lo que te estás preguntando?

—No. Solo quiero ir al bosque y continuar mi camino sola —dije secamente.

Pero no pude saber la respuesta de Yuvitz, porque Mar irrumpió de

pronto y exclamó:

—¡Se ha perdido El Libro! La reina Laistrick me envió un telegrama. Ahora los Dioses se encargarán.

—Eso no será necesario. Yo lo robé. Aquí lo tienes —confesé.

—¿Por qué hiciste eso Hulsh? —quiso saber Mar.

—Porque ella necesita encontrar su destino. El Libro debe permanecer en sus manos hasta que lo halle —dijo Yuvitz.

Mar lo miró con desagrado. Fue entonces que noté que no había buenas relaciones entre ambos.

—¿Tú sabías de esto y no me lo comunicaste? Debiste hacerlo Yuvitz.

—Disculpen pero debo irme, empiezo a sofocarme —dije incómoda.

Me dirigí hacia el jardín que parecía un pequeño bosque y me senté en una banca a contemplar los pájaros cantores. Me encontraba cavilando sobre mi futuro cuando Pegaso apareció.

—Eres infeliz. Pero eso cambiará muy pronto —dijo sonriendo.

—Solo quiero irme de aquí.

—Bueno, faltan tres semanas para el inicio del verano y con él, podrás irte.

—¿Y a dónde iré? —de pronto me di cuenta de que no tenía a dónde ir. Esa sensación me produjo pánico. La tan ansiada libertad no era más que una ficción.

—Ya se te ocurrirá algo llegado el momento.

—Dime, ¿esto es un sueño?

Pegaso no respondió. En ese momento llegaron el dios nómada y Mar.

Hice un gesto de desagrado.

—¿Te gustaría aprender a volar sin necesidad de tener alas? —dijo Yuvitz con cierta tristeza.

Era difícil resistirse a aquel ofrecimiento. Asentí disimulando mi emoción.

Lo siguiente que hicimos fue salir del castillo y enrumbar hacia los espesos bosques. Yuvitz me mostró cómo se elevaba por los aires.

—Debes creer que puedes volar. Un deseo ardiente, una creencia irrefutable. Dime, ¿crees en ti misma?

Dudé. Evidentemente no tenía autoconfianza ni seguridad.

—Trabajaremos en eso Hulsh. Y permíteme decirte que eres bella. No lo dudes ni un instante.

Me era difícil creer que era bella cuando en la infancia me habían insultado de todas las formas posibles, atacando mi aspecto físico. Pero eso había quedado atrás, ahora yo era una mujer de veinticinco años, saludable, fuerte, independiente. Pensaba en todas estas cosas, cuando fuimos atacados por unos animales desconocidos, de grandes colmillos, parecidos a los perros salvajes. El dios nómada me tomó de la cintura y se elevó por encima de los árboles; las criaturas comenzaron a aullar, impotentes por no poder alcanzarnos.

—Son grúlleres, les gusta la carne humana.

—¿Tú eres humano? —pregunté sorprendida.

Los grúlleres comenzaron a dispersarse lentamente. Cuando ya no hubo ninguno, Yuvitz comenzó a descender. Me depositó en la hierba y me dijo:

—Fui humano, pero evolucioné.

—¿Qué no era una pregunta por día? —dije burlona.

—Me alegra que recuperaras tu sentido del humor. Entiendo que venir aquí ha sido difícil; dejar atrás a tus seres queridos, la vida que conocías... Yo puedo cuidarte si así lo deseas.

Yuvitz acercó su rostro al mío, pero me alejé prontamente.

—Está bien. Primero seremos amigos, luego veremos —se atrevió a decir.

—Entre tú y yo no puede haber nada. Ni hoy ni en mil años.

—¿Por qué no?

Mar apareció abruptamente y dijo:

—Ya la oíste, déjala en paz.

El hombre de agua parecía molesto. Yo no sabía qué se traían aquellos dos, pero si algo sabía de los hombres es que nunca perdían la oportunidad de iniciar una conquista.

—Bien, creo que ya es tarde. Debemos regresar al castillo —intenté apaciguar las cosas, aunque me daba la impresión de que aquella discusión recién comenzaba.

Los escuché pelear todo el camino, y no podía creer que nuevamente se irguiera ante mí un triángulo amoroso. Recordé a Stimper y Giroud, ¿cómo habrían reaccionado ante mi desaparición? Nunca lo sabría.

Esa noche cenamos en silencio. Visiblemente incómoda, me retiré a mi habitación antes de terminar y me dediqué a auscultar El Libro. Leí el poema final nuevamente. Mientras más lo leía, lo entendía menos. Cuánto hubiera

dado por tener a mi hermano menor cerca para que me lo explicara. Me animé a continuar el diario.

*Nuevamente aparecen dos hombres con pretensiones amorosas, aunque no sé hasta qué punto serias. Uno de ellos es el océano en persona, literalmente, y el otro es un dios. ¿Podría estarme satisfecha con estos prospectos? No me interesa entablar relaciones sentimentales, quiero mi libertad. Pero estoy en este castillo, condicionada por deseos ajenos, y deseando alzar vuelo hacia el fin del mundo. ¿La felicidad? Solo una palabra, algo para nombrar la eterna búsqueda de la humanidad por encontrar un sentido. Quizás pido demasiado, quizás debería conformarme, pero en mi fuero interno no puedo hacerlo. He pasado muchas penurias y ahora todo parece estar bien, sin embargo mi corazón se siente vacío. ¿Qué me está faltando?*

Cerré El Libro y me sumí en un profundo sueño.

## IV

Los días subsiguientes, Yuvitz encontró nuevas maneras de enseñarme a volar. Salíamos temprano del castillo con dirección a las montañas. Podía verlo dar enormes saltos y deslizarse por encima de todo. Yo apenas si había aumentado mi autoconfianza, y no encontraba una manera de motivarme apropiadamente.

Por otro lado, Mar solía asomarse a mi habitación al final del día, y me cantaba canciones en idioma marítimo, por lo que yo no entendía nada, aunque debo confesar que eran muy agradables; transportaban a otros mundos. Mundos acuáticos imposibles.

—¿Qué secretos guarda el océano? —le pregunté una noche.

—¿Podrías decirme tú qué secretos guarda tu subconsciente?

—No.

—Algo así me sucede con esa pregunta.

—He tenido muchos sueños, Mar.

—Cuéntame uno.

—Soñé que en lo profundo del océano vivían peces ebanistas y pintores, eran los autores de maravillosas obras de arte.

—Es posible que no solo sea un sueño.

—¿Qué quieres decir —pregunté sorprendida.

—Que esos peces en realidad existan. Bueno, en una realidad paralela como en la que estamos ahora —dijo del modo más natural.

—¿Quieres decir que hay más realidades paralelas?

—Así es.

Quedé meditando sobre esta nueva revelación. ¿Podía ser posible vivir muchas vidas a través de las realidades paralelas? No sabía cómo ni por qué, pero sospechaba que mi destino estaba prefijado. Me tocaba descubrirlo poco a poco.

Con Yuvitz también mantenía conversaciones interesantes, por ejemplo, me contaba pasajes de su vida como humano.

—¿Cómo es que llegaste aquí, a ser el dios nómada?

—Antes, yo era pescador. Pero era infeliz. Añoraba una vida llena de

aventuras, tenía muchos sueños. Era bueno pescando, inventaba nuevas maneras de atrapar a los peces y funcionaban muy bien. Pero estaba insatisfecho. Nunca me casé ni tuve hijos, quizá porque nunca se presentó la mujer ideal para mí. Soñaba con volar, pero a menudo me molestaba la idea de depender de las alas. Una vez soñé que atravesaba una catedral altísima y escapaba de las monjas que querían someterme a la orden sacerdotal. Cuando desperté de ese sueño, una luz azul me cegó y no pude resistirme a su encanto. Fui absorbido por ella, y así es como terminé aquí. La capacidad de volar la fui desarrollando a fuerza de voluntad y práctica. Entonces, cuando finalmente lo logré, yo mismo me hice llamar dios nómada. Me adueñé de mi destino como una fiera salvaje. Ya nunca más pudieron hacerme daño...

—Realmente, es muy impresionante —dije con sinceridad.

Estábamos descansando después de un largo día de práctica. Faltaban pocos días para irme y aún no era capaz de elevarme por los aires.

Yuvitz me miró fijamente.

—Supe de ti antes de que vinieras, un sueño me reveló tu existencia y ahora estás aquí... —pronunció estas palabras con esperanza.

—Nosotros sabíamos de ti por una leyenda, pero jamás me imaginé que llegaría a conocerte —de pronto, Yuvitz ya no me parecía tan repulsivo. Hasta me agradaba conversar con él.

—Solo espero que cumplas tu destino —dijo de pronto, como si tuviera que renunciar a algo.

—Yo también.

De regreso al castillo, pude notar que comenzaba a agradarme estar en aquel lugar con Yuvitz, Mar y Pegaso. ¿Era esto un atisbo de felicidad? Me ilusionaba descifrar El Libro y el poema final, y caí en la cuenta de que, tal vez, las páginas en blanco existían para poder llenarlas con pasajes de mi nueva vida. De una vida cuyo final ya conocía. Entonces lo supe: yo debía leer el poema como un manual de instrucciones. Debía entrenarme en la lectura, entender las metáforas y las figuras literarias. Emocionada por esta nueva perspectiva, cené muy de prisa para poder estar a solas con Mar y contársela. Lo noté pensativo, callado, algo desanimado. Cuando subí a mi habitación, no llegó a verme. Su actitud me causó preocupación y fui a buscarlo. Lo hallé en el jardín junto a Pegaso.

—¡Mar!, ¿qué te ocurre?, ¿todo está bien? —me senté a su lado y ausculté su semblante, parecía estar débil.

—No debes preocuparte por mí. Solo vine a tomar aire, el calor está empezando a sofocar en esta época del año —dijo, tratando de disimular su malestar.

Yo no entendía bien qué podía estar pásandole, el día anterior habíamos estamos charlando animadamente como de costumbre.

—Dime la verdad, yo no soy una extraña. Valoro mucho tu presencia y amistad. Yo te quiero —confesé, sintiéndome un poco extraña pues jamás había dicho tal cosa a nadie.

Mar levantó su mirada con asombro. Luego sonrió y dijo:

—Me gustaría hablar contigo a solas.

Asentí y fuimos a mi habitación. Pensé en todas las cosas bellas que Mar me producía.

—Hulsh, soy el océano, y no tengo par. Ahora he cobrado la forma humana, pero parcialmente. En algún momento tendré que regresar a mi hogar.

—Tu hogar es donde tú quieres que sea —le dije sonriendo.

Mar me contempló desconcertado.

—No entiendo. Sé bien quién eres, los Dioses me mostraron todo de ti. Tú has nacido para ser libre.

Quedé estupefacta. ¿Sabía todo de mí? Tenía que ayudarme a descifrar el poema.

—Mar, creo que debo descifrar el poema. Dime, ¿tú sabes de poesía?

Nuevamente se sorprendió.

—De modo que estás progresando muy rápido. Pero en unos días empieza el verano oficialmente y podrás irte. ¿Te irás no? —dijo tristemente.

—Uhm...

Quedé en silencio. La verdad es que no quería irme.

—Yo solo estoy aquí por ti. No debo despegarme de ti hasta que cumplas tu misión —Dijo Mar; me había leído el pensamiento.

Lo abracé tiernamente. El océano solo sonreía y recuperó el brío que lo caracterizaba mientras mis dedos se hundían bajo su piel acuosa.

Al día siguiente, Yuvitz me propuso matrimonio.

—No te vayas, quédate a mi lado, serás la diosa nómada —ofreció.

Había mandado traer un enorme corazón de tulipanes y flores exóticas, y me había preparado mi desayuno favorito: helado con papas fritas.

—Yo soy tu amiga, es todo. No quería irme de todos modos, pero ahora

me incomoda esta situación...

—¿No ibas a irte?

Yuvitz había jugado todas sus cartas y había perdido.

—Pero ya no podría quedarme después de esa proposición —dije fríamente.

Una lágrima cayó por las mejillas del dios nómada.

—Tú estás enamorado de la idea de mí. Es decir, que me has idealizado. Yo solo soy Hulsh, nada especial.

Entonces, Yuvitz se retiró abatido a su recámara.

Me molestaban tremendamente los hombres que intentaban conquistarme. Era un atentado contra mi libertad.

Al día siguiente, partí junto a Pegaso y Mar, sin saber a dónde.

## V

Vagamos sin rumbo de isla en isla, de ciudad en ciudad, haciendo pequeñas paradas para descansar, alimentarnos y asearnos.

—Necesito una maestra que me enseñe de poesía —declaré una tarde soleada.

—O maestro —dijo Pegaso.

—Bueno, me sentiría más cómoda con una mujer, así no me pedirá matrimonio —bromeé.

Mar me miró con desaprobación. Era muy estricto con sus valores.

—Es solo una broma —dije.

—Sé quién puede ayudarte —dijo Pegaso.

Y lo próximo que recuerdo fue que volamos hacia Zandël, ciudad del eterno verano.

Era ésta una ciudad pequeña y pintoresca. Había muchos parques y plazas, todo en perfecto orden. Solo había una estación: el verano. Y los habitantes de Zandël parecían humanos, aunque eran muy altos y tenían ojos muy claros, en su mayoría turquesa. Esperaba que Pegaso me guiara hacia una biblioteca o algo así, pero en su lugar fuimos a un barrio muy pobre, a una casa grande y maltrecha, y nos encontramos con su dueña, una mujer de mediana edad cuyas canas ya se empezaban a notar. Nos saludó cordial pero cortante.

—Vengo por orden de los Dioses —dijo Mar, tratando de impresionarla.

La mujer lo miró con displicencia, como si tal afirmación fuera denigrante.

Luego, Pegaso intervino.

—Hola Darneth, venimos de haber estado con el dios nómada en Krizen. Ha sido un viaje interminable. Les he hablado a mis amigos de ti y querían conocerte, en especial Hulsh, la señorita que ves aquí.

—¿Qué es lo que buscan? —dijo fríamente.

—Me gustaría aprender sobre poesía —afirmé con aplomo.

La mujer me miró de pies a cabeza, como examinándome. Esbozó una risita burlona.

—De intelectual no tienes una pizca —y miró a Mar—. Y tú, ¿te saliste del mar o algo así?

Soltó una carcajada desagradable.

—¿Quién es ella Pegaso?, ¿qué puede saber de poesía? No tenemos por qué soportar sus insultos.

Pegaso me hizo un gesto para guardar silencio.

—Qué ignorante. Yo soy la poeta de Zandël. Tengo cien títulos publicados distribuidos en todas las bibliotecas.

—Y, ¿por qué se porta tan maleducada? Uno pensaría que los poetas son de noble corazón —dije sin aspavientos.

Darneth me miró sorprendida. Parecía una mujer resentida, sin embargo su semblante cambió.

—Tienes toda la razón, usualmente nunca llegan a enfrentarme. Pero ya veo que tú eres distinta, fuerte, sin pelos en la lengua. Eso está muy bien, es lo que hace falta en el mundo —su tono de voz había cambiado. Ahora sonaba más razonable.

Pegaso me guiñó un ojo como si ya conociera el curso de los acontecimientos.

—A lo nuestro. ¿Por qué quieres aprender sobre poesía? —indagó Darneth.

Mar me advirtió con la mirada. Pensé que no debía hablar de El Libro.

—Porque es un lenguaje muy bello y quiero llegar a descifrarlo.

—¿Has escrito algo alguna vez? —preguntó nuevamente.

—Solo una especie de diario.

—Bueno, de algo se empieza. La verdad es que no puedo ayudarte. Nadie puede. A escribir poesía no se enseña, una aprende sola, leyendo, garabateando cuadernos, interminables cuadernos. Tachando, releyendo. En fin, una no se hace poeta porque así lo quiere, la poesía te elige, y eso lo sabes en el fondo de tu alma —afirmó sin dubitar.

—Bien, yo no quiero ser poeta. Solo quiero entender el lenguaje poético.

Darneth me miró suspicaz.

—Ya veo. Esto sí que es nuevo. Pero seguramente no es todo, y no me dirás qué más hay detrás. Pero no importa. ¿Por qué debería ayudarte?

No tenía escapatoria. Mi destino pendía de un hilo y también de la

voluntad de Darneth.

—Si me ayuda, le mostraré el poema más hermoso que se ha escrito.

Darneth volteó a mirar a Mar y a Pegaso. Trató de disimular su curiosidad.

—Nada me garantiza eso. Aunque quisiera leerlo, no tengo la seguridad de que me lo mostrarás, y dado que al parecer yo no lo escribí, eso me pone triste —dijo con inusitado pesar. Yo había tocado una fibra sensible de su ser.

—Tiene mi palabra, el aval de Pegaso y Mar —insistí.

—¿Mar? —dijo Darneth con extrañeza—. ¿En verdad eres el mar?

—Sí.

De pronto la poeta se levantó del sillón y caminó hacia la ventana más cercana. La lluvia había empezado. Retornó a sentarse y, luchando por dominarse, declaró:

—Te daré clases todos los días, una hora cada día durante dos semanas. Es todo lo que ofrezco —finalizó Darneth.

Acepté el trato, confiada en que ese tiempo bastaría para aprender lo suficiente y descifrar el poema. Un poema que, intuía yo, me revelaría mi destino final.

No teníamos dónde quedarnos, de modo que nos pusimos a buscar posada durante un par de horas. Llegamos a un parque llamado «Parque de la mujer»; en frente se leía un letrero de «Hospedaje», así que nos instalamos en aquel lugar. Yo no sabía cómo, pero Mar y Pegaso se las arreglaban para hacerse cargo de los gastos.

—Tengo subvención de los Dioses, Hulsh. No hay de qué preocuparse —me había dicho.

Solo había una habitación disponible, Pegaso se retiró al parque sin problemas y Mar y yo tratamos de acomodarnos.

—Será mejor que vaya al parque con Pegaso —dijo Mar, tratando de no incomodarme.

—No es necesario, puede ser peligroso para ti. No me incomodas Mar, me siento bien contigo —le dije inocentemente.

—No es correcto —se limitó a decir.

—Ya es muy tarde, ven a acostarte. Confío en ti.

Se recostó rezongando. Su piel acuosa me rozaba el brazo. Era muy tierno estar así con Mar. Lo mejor era que en mi fuero interno, yo sabía que él era el único hombre que jamás me haría daño.

Esa noche soñé que me crecían alas en la espalda, y escapaba volando hacia mi destino. Desperté sobresaltada en medio de la noche. Miré mi reloj pulsera, eran las 4:23 a. m. Volteé a mirar a Mar, parecía dormir plácidamente. Volví a cerrar los ojos, pero me fue imposible conciliar el sueño. Mil pensamientos cruzaban mi mente en ese momento. Me movía demasiado y terminé por despertar a mi amigo.

—¿Está todo bien? —preguntó sobresaltado.

—Sí, es que tuve un sueño inquietante, desperté y me fue imposible volver a dormirme. Siento haberte despertado.

—¿Qué soñaste? —quiso saber.

Sus grandes ojos azules se veían más hermosos que nunca.

—Soñé que me crecían alas y emprendía vuelo hacia mi destino final.

—Ya veo, es un gran sueño, muy revelador. Nunca lo olvides.

Me contempló un momento, luego desvió la mirada y dijo:

—Es mejor que me levante ya, iré con Pegaso.

—No te vayas, acompáñame unos minutos.

Yo siempre había sido muy independiente, pero con Mar era distinto: él se hacía querer espontáneamente. Asintió y se sentó apoyándose en el espaldar de la cama.

—¿Crees que lo lograré? —pregunté.

—Te diré una cosa: el destino de todos está escrito con letras de fuego de la mano de los Dioses en el Gran Libro de la Vida. No hay manera de que no logres.

—Entonces quieres decir que es cuestión de tiempo...

—O puedes rebelarte contra tu destino.

—¿Cómo es eso posible?

—Nadie lo ha hecho jamás. No hay antecedentes —dijo esto como si no hubiera nada más que discutir.

—Yo solo quiero ser feliz —le dije, como si renunciara a todo lo demás.

Me miró sorprendido.

—Parece que estás cambiando. Eso no lo tenía previsto.

—No quiero terminar como el dios nómada o Darneth, con sus destinos resueltos e infelices —confesé.

Observé por la ventana, seguramente la hora azul se aproximaba. Me levanté de la cama y fui a abrir la cortina.

La atmósfera irradiaba mucha paz. Mar yacía muy tranquilo y me miraba

fijamente. No le rehuí.

—Aprenderé a descifrar la poesía con la ayuda de Darneth, luego me rebelaré contra mi destino —concluí.

—¿No deseas pensarlo mejor?

—Ya no me interesa. Ahora iré en busca de mi felicidad.

Dicha sentencia alarmó a Mar, quien se quedó petrificado.

El cielo comenzó a tomar un matiz azulado hermosísimo. Era hora de ir a ver a la poeta.

## VI

Darneth comenzó las clases hablándome del primer poema de la Historia de la realidad paralela en que vivía (Éf), se trataba de «La danza de la luna» de una mujer llamada Kletya. Estaba escrito sobre piedra en uno de los primeros idiomas, el jámaris. Por supuesto que el jámaris estaba extinto, pero constituía parte de la riqueza histórica de Éf. Había muchos otros poetas, entre hombres y mujeres. Le pedí que hiciera énfasis en los poetas contemporáneos, a lo que me dijo:

—Primero es necesario aprender a gatear antes de aprender a caminar.

—Pero no tengo mucho tiempo. Ya se termina la semana y solo hemos hablado de la rima y la métrica.

No me hizo caso. El último día de clases recién me mostró un poema de Lavornös, una poeta contemporánea que, según ella, había transformado la poesía al omitir la rima y la métrica por primera vez. Había dado a luz al verso libre.

Me leyó un poema de ella:

### *EL MAR Y TÚ*

Para F.

*Qué de original tiene una muchacha que sueña con el océano.  
Ya han sido expuestas todas las rocas al sol;  
debajo de las palabras, todas las voces tiemblan.*

*Ella aguarda el océano,  
todas las noches el beso de un ángel corona sus sueños,  
todas las noches los ojos del amor penetran su aroma;  
todos los océanos de miel azul habitan un solo hombre,  
un solo nombre.*

*Cuando pronuncia esa vocal envuelta en consonantes,*

*cuando el sonido de la “F” retumba,  
cuando devora sus pensamientos, imaginando una vida oceánica,  
la silueta del mar canta  
y puede escuchar claramente esas palabras,  
cargadas de reminiscencias,  
y una nariz apuntando el ocaso,  
y una voz de acento místico.*

*El hombre oceánico volverá  
y la muchacha desvelará el mayor secreto,  
Schrödinger y un gato  
habitan la caja del destino.  
Entonces, la muchacha escribirá en su diario:*

No entendía el mundo  
y no necesitaba entenderlo,  
el mar y tú  
eran mi única verdad.

No entendía algunos versos de dicha creación, pero la intuía poseedora de una belleza singular. Le pedí a Darneth que me explicara qué quería decir, por ejemplo, la parte de: *Schrödinger y un gato / habitan la caja del destino.*

—Schrödinger fue un físico de La Realidad. El gato de Schrödinger constituye una paradoja en Física cuántica mediante la cual, en términos sencillos, hay un gato dentro de una caja expuesto a un veneno que puede o no activarse, pero nunca lo sabremos hasta no abrir la caja.

Releí el fragmento del poema:

*El hombre oceánico volverá  
y la muchacha desvelará el mayor secreto,  
Schrödinger y un gato  
habitan la caja del destino.*

—Bien, quiere decir que ella dirá algo que el hombre oceánico no sabe, algo muy importante, y no sabrá qué ocurrirá después, a menos que sepa la respuesta de él, ¿algo así?

Me miró sorprendida.

—Y con eso, hemos finalizado. Querías aprender a descifrar poemas,

pues felicidades, lo has logrado. Ahora, me toca mi parte.

Tuve miedo de mostrarle el poema final de El Libro, ella era una mujer impredecible y seguramente querría quedárselo o algo así. No supe cómo salvar la situación. En esa disyuntiva me encontraba, cuando Mar y Pegaso llegaron a recogerme.

Darneth abrió la puerta y los recibió. Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Y bien?, ¿dónde está esa hermosa composición? —inquirió incrédula.

—«Ya no hay escapatoria, / rezo para encontrar mi destino a tiempo, / porque es mejor recibir la eternidad con las mejillas rosadas / como el ocaso que gobierna la muerte. / Me ha creado un poema, / yo también soy gobernante / y me he rebelado contra la palabra / y ahora escribo poemas / a mi imagen y semejanza. / Encadenada a mi vocación, / así arribaré a Puerto Supremo, / donde el horizonte embiste las olas; / la sal del océano derretirá mis cadenas, / todos los seres vendrán a descubrir / a la magnífica bestia sudamericana / y pintaré la existencia con el poema, / crearé nuevos códigos, / diré el nuevo género / y forjaré nuevos barcos / hacia el horizonte horrísono / donde los trabajadores murieron / donde la muerte no podrá ser. / La inmortalidad me abrasará / en incandescencias forradas de locura. / No tendré miedo. / No regresaré.» —lo había recitado de memoria y, esta vez, logré entenderlo.

La poeta quedó petrificada. Luego de unos minutos de silencio, le dije:

—Ha sido un placer aprender con una poeta como usted, le agradezco sinceramente. Ahora nos tenemos que retirar.

La dejamos atónita y Mar cerró la puerta tras de sí.

Ya en la calzada, Mar y yo montamos a nuestro generoso corcel alado.

—¿A dónde iremos ahora Pegaso? —pregunté entusiasmada.

—Es tu decisión —respondió.

—De momento me gustaría descansar en el «Parque de la mujer».

—Vámonos ya, parece que Darneth va a salir —dijo Mar en tono de alerta.

Pegaso abrió sus magníficas alas blancas y enrumbamos hacia mi parque favorito, dejando atrás a aquella poeta extraña. Sin embargo me parecía que habría incurrido en un error si generalizaba mi juicio hacia los poetas, basada en la experiencia de haber conocido a Darneth. Después de todo, ella había cumplido su parte del trato.

Una vez en el verde pasto, y rodeados de hermosas flores, le dije a Mar:  
—Ahora puedo leer poesía, es hermosa, siento que un nuevo mundo se abre ante mis ojos.

—¿Ahora querrás ser poeta? —bromeó.

Lo pensé detenidamente.

—¡Lo estás considerando!, ¡eso sí que no me lo esperaba! —exclamó.

—Quiero vivir el poema —sentencié, más segura que nunca.

Mar y Pegaso me miraron estupefactos.

—Has descifrado el poema de El Libro, ¿verdad? —preguntó Mar.

Asentí triunfante.

—Pegaso, ya sé cuál es nuestro próximo destino.

Pegaso me inspeccionó, tratando de verificar que sabía de lo que estaba hablando.

—Iremos a Puerto Supremo —le dije.

—¡Pero es imposible! Puerto Supremo es el hogar de los Dioses, queda más allá del fin del mundo —exclamó Mar.

—No me importa. *Ya no hay escapatoria, rezo para encontrar mi destino a tiempo* —dije, apropiándome de los versos del poema anónimo.

Algo en mí se había transformado. Una vitalidad nueva, una energía descollante se había apoderado de mi ser.

—Es cierto, nos queda un tiempo limitado —agregó Mar—. Yo debo volver a mi hogar en cuanto me sea posible.

Lo miré exaltada. Yo no quería separarme de Mar, lo quería para mí. Sin embargo no me atreví a decírselo. Recordé el poema de Lavornös donde hablaba del mar. ¿Era posible que yo hubiera hallado el amor? Me aterró. Me limité a decir:

—Entonces hay que movernos. Pegaso, éste será el mayor reto, pero estoy segura de que lo lograremos, está escrito en nuestros destinos, solo hace falta concretarlos —los arengué.

—La ruta que desemboca en Puerto Supremo está plagada de peligros y seres monstruosos. No me será posible volar por esos lares —se negó rotundamente Pegaso.

—Mar, tú tienes el aval de los Dioses, ¿no es así?

—Nunca he visto a los Dioses, lo poco que sé de ellos y sus designios se me revelaron en sueños. Nunca he ido a Puerto Supremo más que en mis pesadillas.

Realmente, no entendía nada. Finalmente sabía qué hacer y nadie quería ayudarme.

—Bien, iré sola. Preguntando se llega a todas partes —atiné a decir, decidida a cumplir mi objetivo.

Agregué:

—No comprendo, dijiste que me acompañarías hasta que hubiera cumplido mi misión —le increpé a Mar.

—Ya la cumpliste, tu misión era descifrar el poema final de El Libro, es todo.

—¿Es todo?, ¿bromeas?

Estaba decepcionada. Todos esos sueños, todas esas aventuras, habían llegado a su fin.

—¿Y qué se supone que haría después? ¿Casarme con Yuvitz y procrear diez hijos? —estaba molesta, y ahora nadie podría aplacarme.

—No es mala idea —dijo Mar con tristeza e impotencia.

—Gracias por todo su apoyo, ahora debo seguir yo sola. Nos vemos en otra realidad paralela. Adiós —me despedí reuniendo todas las fuerzas de las que fui capaz.

Me alejé en silencio sin mirar atrás. Mar me había roto el corazón, era incapaz de luchar por nuestro amor. Y yo, yo solo quería morirme de angustia porque no tenía idea de dónde podía estar Puerto Supremo. *Mi vocación verdadera es la libertad, y estoy encadenada a ella*, pensé entre lágrimas.

—¡Hulsh!, ¡Hulsh! —escuché a lo lejos. Era Mar.

Vino corriendo hacia mí y me detuve.

—Pegaso no podrá acompañarnos, pero yo sí —dijo recobrando el aliento.

—¿No tenías que volver a ser el indomable océano?

—No. Alguien me dijo una vez, que nuestro hogar es donde queramos que sea —dijo sin dubitar.

Estuvimos estacionados algunos minutos sin decir nada. Quería besarlo, quería decirlo lo mucho que lo amaba, lo mucho que lo necesitaba. Pero no lo hice.

—En mis sueños, llegué a Puerto a Supremo cruzando la isla Tráglatz, que está muy lejos de aquí. Solo es posible llegar allí en barco, porque los cielos suelen estar infestados de arpías —recitó muy veloz.

—¿Y cómo conseguiremos un barco?

—Hay uno que sale en el puerto de Zandël, queda no muy lejos de aquí.

—Pero, pensé que Tráglatz estaba lejísimos, ¿cómo es que el barco llega hasta allí?

—No lo hace, nos acerca hasta la aldea de Germ, luego hay que alquilar un bote —dijo muy a prisa—. No hay tiempo, vayamos ahora mismo.

Y diciendo esto, partimos con destino al fin del mundo.

## VII

Habíamos logrado embarcar en el puerto de Zandël rumbo a la aldea de Germ. Irían a ser poco más de treinta días de viaje. Mar había conseguido que nos ubicaran en el primer nivel de un barco inmenso.

Al anochecer, Mar me dijo:

—No te despegues de mí, aquí hay seres que pueden resultar peligrosos. Suelen raptar personas y vender sus órganos a las grandes mafias.

—¿En serio? Bueno...

Estábamos cenando en la popa cuando se acercó una mujer cuya piel era de tonalidad anaranjada. Tenía el cabello gris y los vivaces ojos amarillos. Yo diría que tenía características felinas. Se dirigió a Mar.

—¿Qué no te conozco de algún lado? —preguntó coqueta.

—Quizás sí, todos me conocen de algún lado —respondió sin mirarla.

La mujer colocó su mano en el hombro izquierdo de Mar.

—Tienes un aspecto único, ¿sabes? —insistió la mujer.

Entonces, me levanté de mi asiento y la enfrenté.

—¿Qué quieres?, no te conocemos y no queremos conocerte. No lo toques —y retiré su colorida mano del hombro de mi amigo.

La mujer me miró de pies a cabeza de modo displicente. Se dio cuenta de que yo no estaba dispuesta a dar tregua.

—Señorita, si se respeta a sí misma, regrese a su mesa, aquí no hay nada para usted —le dijo Mar en ese su tono neutral.

La mujer anaranjada lo miró dolida y furiosa, y, sin decir nada, se marchó.

—¿Qué rayos fue eso? —dije.

—Ella es una gamberra, solo estaba buscando clientes —respondió Mar sin inmutarse.

—Vaya...

El resto de la noche fuimos a babor, a contemplar la luna y las estrellas, que brillaban brutalmente sobre nosotros.

—¿Sabes?, este viaje me cae de maravilla —le confesé.

—¿De verdad? Me alegra mucho saber eso Hulsh —y clavó sus hermosos ojos oceánicos en mi rostro.

Yo no sabía cómo reaccionar. Yo amaba a Mar, por primera vez sentía amor hacia alguien, y resultaba que ese alguien ni siquiera era humano. ¿Hasta cuándo esperaría para decírselo?

Me quedé en silencio. Una tímida sonrisa se dibujó en mis labios.

—Hulsh, yo... —atinó a decir, pero las palabras no parecían salir de su boca.

Me armé de valor, después de todo, solo tenía esta oportunidad, esta vida, para luchar por mi felicidad. Iba a decirle a Mar cuánto lo amaba, cuando me interrumpió:

—Hulsh, no sé cómo ni por qué llegaste a mi vida, pero no quiero que te vayas nunca. He vivido milenios sin inmutarme, y ahora, sueño con un beso tuyo.

—Te amo Mar —dije suavemente.

Nuestros rostros se fundieron con la noche, sus labios marítimos devoraron los míos y yo solo olvidé mi existencia para disfrutar el éxtasis del amor. Cuando ya era hora de ir a nuestra recámara, Mar me dijo:

—Compartiremos el lecho como antes, pero no haremos más que charlar. Asentí. Y así, amanecimos abrazados como un eterno eclipse.

Los días en el barco «Gaviota» transcurrieron inolvidables. Mar y yo estábamos viviendo nuestra extravagante historia de amor, y no había nada más bello que despertar a su lado. Pasábamos las mañanas contemplando el horizonte infinito y observando las aves exóticas que se posaban en la proa; hacíamos planes, soñábamos despiertos; en fin, charlábamos incansablemente hasta que nos sorprendía la tarde. Observar el ocaso junto a Mar era como un poema viviente.

—*Nos ha creado el poema* —le dije.

—Puede ser. Aunque yo siempre pensé que me habían creado los Dioses —respondió sonriendo.

—¿Por qué sabes todo de mí, Mar?, ¿por qué los Dioses te mostraron mi destino?

—El designio divino simplemente es, no tiene y no debe tener fundamento. Las razones son de humanos que no pueden lidiar con su inseguridad —remató.

Quedé pensando un momento. Luego añadí:

—Pienso que existimos para tocar el puerto de la felicidad.

Mar parecía inquieto.

—¿Alguna vez te alejarás de mí? —inquirió preocupado.

—No quiero hacerlo, a menos que pase algo y tú decidas alejarme.

—Eventualmente, llegaremos a Puerto Supremo, ¿y luego qué harás? —  
quiso saber.

Evoqué los últimos versos del poema final: *No tendré miedo, / no regresaré.*

No supe qué responder. Iba entendiendo que no tenía sentido plantearse metas ni propósitos mundanos. Quería vivir intensamente, y alcanzar la plenitud de la felicidad.

—Supongo que seré libre. No tengo idea de qué haré luego. Solo quiero ser feliz contigo.

Mar me tomó de la mano con fuerza. Su piel tibia y marina era bálsamo para mis preocupaciones. Me recosté en su hombro y quedamos en silencio un buen rato.

Al llegar la noche, la inspiración tocó mi puerta y decidí escribir mi primer poema mientras Mar yacía descansando. Salí a babor y me acomodé en uno de los asientos de madera. Traía conmigo El Libro. Entonces mi mano fluyó:

### HOGAR

*Un lugar que pueda llamar mío,  
un lugar para compartir contigo.*

*Tan sencillo como eso.*

*Mis palabras cantan la melodía de la esperanza;  
nunca habrá suficiente rojo para la sangre.*

*Entono canciones azules,  
mi corazón sangra rayos de sol;  
me deslizo hacia la nada:  
hogar.*

Era un poema breve pero sincero y estaba inspirado en Mar y mi sed de felicidad.

Cerré El Libro y me limité a contemplar el cielo estrellado. Cavilando sobre el futuro me encontraba, cuando sentí por el rabillo del ojo que alguien se acercaba. Una silueta de un hombre alto y espigado apareció frente a mí.

—Yo también gusto de escribir poesía. Asumo que eso estuvo escribiendo en ese libro de cuero marrón —me dijo en acento cordial; tendió su mano en señal de saludo—. Soy Lavinsky, es un placer.

Le di la mano casi mecánicamente. Al ver que quedé en silencio, añadió:

—¿Cómo se llama usted?

De pronto recordé a Mar y sus advertencias sobre los traficantes de órganos.

—Disculpe, debo irme —y me levanté con dirección a mi recámara.

—Solo me acerqué porque pienso que usted es una persona muy interesante. No he conocido a muchas poetas.

Tal comentario me incomodó aún más.

—Quizá le falta vivir más —dije hoscamente.

El hombre rió condescendentemente.

—Seguramente. ¿Me enseñará usted? —se atrevió a decir.

—Lo que le va a enseñar es por dónde puede ir esfumándose —era Mar. Había venido a buscarme. Me tomó de la mano y se estacionó desafiante frente a aquel hombre misterioso.

Lavinsky no cedió:

—Pero qué aspecto más estrafalario. En fin, una mujer como usted no tardará en darse cuenta de que hay muchos peces mejores en el mar —y rió desagradablemente.

Yo no pude contenerme y le di una bofetada que resonó en medio del sonido de las olas. Lavinsky sostuvo mi mano justo después de haber sido propinado el golpe y, en una fracción de segundo, le dio un beso. Realmente, era un hombre recalcitrante.

De pronto, una ola inmensa se avecinaba en dirección a Lavinsky. Mar me condujo fuera de la escena de inmediato. La ola golpeó al intruso salvajemente.

—¡Mar!, ¡ese hombre va a morir! —grité alarmada.

Las aguas se retiraron a su cauce, pero Mar seguía furioso. Lo miré preocupada.

—¡Cálmate por favor!, debo ir a ver a Lavinsky.

Mar no me soltaba de la mano. Por primera vez yo era testigo de la furia del océano indomable. Mientras tanto, un círculo de gente se arremolinó alrededor del herido.

—Vámonos —dijo el océano con voz de trueno.

Yo no podía dejar a Lavinsky así, es cierto que había incurrido en falta, pero la respuesta de Mar era una exageración. Me volteé a ver mi compañero, y, rodeando su cuello con mi brazo libre, traté de calmarlo:

—Escúchame: este hombre es un miserable pero también es insignificante lo que ha hecho. Déjame verificar que no ha muerto, que ni tú ni yo somos asesinos —y le di un beso en los labios.

Asintió de mala gana; sus ánimos se fueron calmando progresivamente. Mis palabras habían tenido un efecto positivo. Finalmente, soltó mi mano y pude irme corriendo a ver a Lavinsky, quien se encontraba inmóvil en el piso. Me abrí paso entre la multitud, exhortándolos a dispersarse y a ir por la ayuda de un médico. Al cabo de un rato, el herido abrió los ojos. Me acerqué para cerciorarme de que estaba bien.

—¿Me escuchas? —le dije al oído.

—Creo que he muerto y estoy en el cielo, ¿acaso eres un ángel? —y sonrió.

Me levanté molesta. Todo ese teatro por nada; Lavinsky solo había recibido un golpe leve, o quizás era un hombre muy resistente. Di la media vuelta sin decir más y me dirigí hacia donde Mar estaba estacionado, esperándome.

—Sí que es un ser insoportable —le dije a Mar.

Nos retiramos a nuestra recámara. Yo no podía dejar de pensar en la magnitud de la furia de Mar, ¿qué pasaría si algo realmente grave ocurriera? Sabía que conocerlo iría a ser la mayor aventura de mi vida.

Al día siguiente, Lavinsky no apareció por ningún lado, lo cual encontré muy apropiado. Aproveché para mostrarle a Mar mi primer poema, que entre tanto barullo no había podido hacerlo. Se lo leí un tanto nerviosa pero contenta. Al finalizar, me dijo:

—Creo que es el inicio de una serie de escritos muy hermosos.

—¿Lo dices en serio?

—¿Crees que te mentaría, mi estrella de verano? —y me dio un tierno beso en los labios.

Entonces pensé que la felicidad se había posado en mi corazón.

## VIII

Los treinta días de viaje comenzaban a cumplirse. Lavinsky sí volvió a dejarse ver, para invitarme una copa, la cual rechacé; para charlar sobre poesía, lo cual también esquivé, entre otras cosas. Era su actitud la que me fastidiaba, siendo uno de los pocos hombres elegantes en el barco, se limitaba a asumir aires de conquistador. Mientras tanto, Mar luchaba por controlar sus celos y su temperamento, lo cual me preocupaba.

—Mar, ¿crees que para mí hay algo más bello que tú? ¡Eres el océano! En mi corazón solo hay espacio para ti —le dije una tarde calurosa.

—Lavinsky se parece más a los humanos, y tú eres humana. Yo estoy hecho de agua —musitó, tratando de controlar su ira.

—Eres demasiado grandioso para sentirte inseguro —le dije sin dubitar.

Mar me miró con tristeza, ira contenida, una mezcla de sentimientos muy intensos que dañaban nuestro amor. Se retiró de mi lado sin decir nada. ¿Qué más podía hacer para calmarlo? La presencia de Lavinsky había despertado el encono en Mar, por lo que yo también comencé a odiar a aquel hombre terco. Las lágrimas cayeron de mis ojos, sentía que Mar se alejaba cada vez más y nada de lo que le decía lo convencía de que yo jamás lo dejaría por nadie.

Esa noche, Lavinsky fue a buscarme a mi recámara. Pensando que era Mar, abrí la puerta.

—¿Qué quieres? Por favor vete —le dije ásperamente.

Lavinsky entró a la habitación y yo intenté empujarlo, pero no pude impedir que me tomara de la cintura y me robara un beso. Luché por liberarme, pero aquel era un hombre más fuerte que yo. Volteaba mi rostro sin cesar, forcejeando con el sujeto, que no renunció a su propósito. De pronto apareció Mar, por lo que le pedí ayuda.

—¡Ayúdame!, ¡no puedo safarme!

Entonces, Mar pudo darse cuenta de que era hora de dejar sus celos a un lado y luchar nuevamente por nosotros. Tomó a Lavinsky por el cuello, arrastrándolo por los pasillos hasta llegar a babor. Sus brazos acuáticos se habían solidificado y Lavinsky comenzaba a ponerse morado.

—¡Por favor!, ¡piedad!, ¡nunca más los molestaré! —alcanzó a decir entrecortadamente.

Mar no cedió, aquel hombre había demostrado ser despreciable. Pero yo no podía soportar que Mar se volviera un asesino por culpa de un miserable.

—¡Suéltalo Mar, no eres un asesino!

Mi compañero no me dirigió la mirada. Entendí que la decisión de extinguir la vida de Lavinsky descansaba exclusivamente en él.

Lavinsky expiró el último aliento y una nueva aventura se avecinaba: habíamos arribado a la aldea de Germ.

## IX

Desembarcamos en el puerto de Germ al llegar el alba. El modo cómo se habían desarrollado los acontecimientos me causó desazón. Después de la muerte de Lavinsky, no sabía cómo reaccionar. Sin embargo, Mar me había dicho:

—Mi felicidad eres tú. Si alguien se interpone entre nosotros, tendrá que desaparecer. No tengas miedo, y trata de perdonarme.

Al tocar tierra, nos dirigimos al centro de la aldea para buscar un hospedaje. Le dije a Mar que quería descansar unos días antes de volver a emprender viaje. Nos habíamos unido aún más. Los lazos entre nosotros se habían vuelto indisolubles. Por otro lado, la aldea de Germ era un lugar apacible, aun cuando se encontraba muy cerca de la isla de Tráglatz, conocida por ser aterradora.

Cuando por fin conseguimos un lugar donde pasar nuestras noches, pude recostarme a dormir a mis anchas mientras Mar fue por algo de comer. Al cabo de un rato, volvió con deliciosos frutos secos, algunos vegetales y mi almuerzo favorito: ensalada de carne y fideos en salsa de queso. Comimos hasta saciarnos; luego me puse a escribir un nuevo poema:

### *FELICIDAD*

*La felicidad es cuando tú y yo ascendemos  
hacia un reino desconocido,  
donde los Dioses nos muestran el destino.*

*La felicidad somos nosotros  
escribiendo nuestras vidas  
en medio de interminables guerras.*

*Nunca quise ser poeta,*

*me nombraron la indeseable del pueblo;  
me arranqué de mi familia  
y emprendí vuelo  
hacia el horizonte impredecible y salvaje.  
Después de conocerte, decidí quedarme  
y las palabras brotaron  
como la sangre brota del corazón  
cuando nos morimos de alegría.*

*La felicidad eres tú  
es tu estruendo, tu candor, tu mirada acuífera;  
es tu piel escalando el viento,  
soplado buenos augurios.*

*Nunca quise ser poeta,  
pero te regalo estos versos  
y sello con mis palabras  
la unión de nuestros nombres:  
Mar y Hulsh.*

Lo consideré un poema sencillo, pero que expresaba mis sentimientos más profundos. Mar me observaba escribir totalmente absorto. Al culminar el escrito, me pidió leérselo y así lo hice.

—¿Te gustó? —pregunté ansiosa.

Quedó pensando un momento, luego me dijo:

—Creo que es muy hermoso porque en él expresas sentimientos sinceros y al mismo tiempo complejos.

—¿Te molesta que me inspire en ti? —quise saber.

—Al contrario, me llena de orgullo.

La tarde comenzaba a dar la bienvenida al ocaso. Me puse de pie y abrí las cortinas.

—¿Sabes? No tengo intención de ser una gran poeta. La verdad es que solo escribo para expresarme.

—Creo que es hermoso. No tener pretensiones vanas. Eres hermosa —me dijo extasiado.

Yo sentía deseo hacia Mar, pero él parecía rehuirme. Decidí decirle

expresamente lo que sentía.

—Mar, quiero hacerte el amor —y presioné mi cuerpo contra el suyo.

Sin embargo, Mar me dijo:

—No puedo hacer eso contigo, no estamos casados —dijo de modo benevolente.

Yo no podía creer que el océano indomable resultara ser tan anticuado. Me alejé frustrada, limitándome a mirar por la ventana.

Los días pasaron en Germ y yo aún no quería viajar. Llegamos a conocer nuevos amigos: Premy y Liachest, una pareja de esposos jóvenes que frecuentaban el mismo restaurante donde solíamos cenar. Mar no era muy sociable, aunque causó simpatía en la pareja, que solía ser muy amable con él.

Mar me previno de contar nuestro próximo destino, era mejor ser prudentes. Con Premy pude intimar un poco, y nos sumíamos en largas conversaciones sobre variados temas, por ejemplo, el matrimonio.

—¿Y ustedes son casados? —había preguntado en una ocasión.

—No —respondí con desconcierto. No sabía si era algo bueno o algo malo.

—¡Ah! Son progresistas seguramente... Bueno, si alguna vez cambias de opinión, aquí es Germ hay un hermoso lugar cerca a la orilla del mar. Alquilan el local para la recepción, que es una casona antigua pero muy bien cuidada. El servicio completo incluye la organización de la boda, la comida, los arreglos florales, el vestido de novia, el traje del novio, etc. Yo te podría ayudar, ¡sería lindo! Yo me casé allí y fue inolvidable... —Premy no dejaba de hacer planes y de evocar su propia boda. Yo solo quería resolver mis conflictos internos, porque desde niña había jurado no casarme con ningún hombre, pero la cuestión era, que ahora estaba enamorada del océano.

—La verdad es que no lo sé, tendría que conversarlo con Mar —le dije en modo reflexivo.

—¡Bueno!, ojalá lleguen a un acuerdo.

Premy era una mujer con características peculiares, tenía el cabello muy corto y brillante, unos ojos alargados y una tez verduzca. A mí me gustaba su manera de ser, tan extrovertida y vivaz.

Mientras nosotras charlábamos en casa de Premy, Mar y Liachest habían salido a comprar unas bebidas.

—Espero que esos dos no se escapen a hacer travesuras —había dicho

Premy.

Yo conocía bien a Mar y sabía que no haría tal cosa.

—Pues no lo creo, tú tranquila.

Había pasado casi seis semanas en Germ, me había empezado a acostumbrar a la aldea, tan pequeña y acogedora. De pronto pensé en Puerto Supremo, ¿acaso iría a olvidar mi objetivo final? Me sentía a gusto y sin ganas de emprender nuevas aventuras. ¿Qué podía hacer?

Al cabo de un instante, llegaron Mar y Liachest trayendo cuatro botellas de vino. Premy se entusiasmó.

—¡Celebremos! —exclamó mi verduzca amiga.

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó Liachest desconcertado.

—¡La amistad, queridito! —le espetó su esposa.

Pasamos el resto de la velada charlando y haciendo los chistes más raros, Mar se había desinhibido un poco y conversaba alegremente. No obstante, el tiempo pasaba y el vino se iba acabando.

—Ya es tarde Mar, debemos regresar al hospedaje.

—¡Oh, no, por favor! Pueden quedarse en nuestra casa por esta noche —dijo Premy.

—No queremos incomodar, Premy, además deben estar cansados —respondió Mar con resolución y poniéndose de pie.

Nos despedimos de la pareja, y prometimos que la reunión se repetiría.

Al llegar a nuestra habitación, Mar estaba muy cariñoso. Me llenaba de besos por todas partes y me susurraba al oído todo tipo de piropos.

—Eres mi estrellita de verano, el azúcar de mi café, el vino de mis noches —decía entre risas y besos.

Sin embargo, yo me encontraba lúcida y le recordé que no podíamos hacer nada más, ya que sus manos comenzaron a desabotonar mi blusa.

—Estás un poco ebrio Mar, debes controlarte —le dije, y volví a abotonarme.

El océano indomable logró entrar en razón ante mis palabras, y se fue a tomar una ducha.

Cayó rendido en nuestra cama, quedándose dormido al instante. Yo aún me quedé despierta, pensando en el futuro, en el matrimonio, en la posibilidad de procrear un hijo, incluso. Estaba muy confundida.

A la mañana siguiente, había tomado una decisión.

## X

—Es hora de partir, Mar —le dije apenas rayó el alba.

Mi compañero se desperezó. Exhaló un largo bostezo y luego me dijo:

—Necesito hablar contigo, Estrella de verano.

Me acomodé en el espaldar de la cama.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

—Muy pronto perderé la subvención de los Dioses, dado que el plazo para que cumplieras tu misión ha culminado. Nos habían concedido unos días excedentes, pero eso se terminará, mañana.

Medité las posibilidades y los obstáculos que tendríamos que enfrentar.

—Debemos partir cuanto antes a Tráglatz —le dije con premura.

—Pero Hulsh, ¿no ves que es una tarea imposible llegar a Puerto Supremo? Aquí estamos muy tranquilos. Yo podría conseguir un trabajo de pescador mientras tú escribes tus poemas o haces otras cosas que desees hacer.

—¿Crees que quiero depender de ti para siempre? Yo he nacido para ser libre —le dije exaltada.

Mar me miró con tristeza. En ese momento supo que nuestro romance no tenía pies ni cabeza. Él jamás sería feliz siendo pescador y yo jamás sería feliz no haciendo nada significativo. Me di cuenta de que estaba en peligro de convertirme en todo lo que siempre había repudiado: una mujer inservible y dependiente. Entonces supe que era hora de decirle adiós al amor de mi vida.

## XI

Había dejado a Mar abandonado en Germ, sin saber cuál sería su próximo paradero o si volvería a su hogar originario. Una llama interior me obligaba a seguir con mis planes sin que nadie pudiera impedirlo, ni siquiera el océano a quien tanto amaba. Mi corazón se sentía devastado y sabía que las lágrimas de Mar al comunicarle que me iría sola eran de infinito sufrimiento. Había alquilado un bote en el puerto de Germ con dirección a Tráglatz, haciendo uso de las últimas monedas que me quedaban. Intuía que mi vida daría un giro extraordinario, pero no sabía a ciencia cierta qué me pasaría. El barquero, que no tenía nombre, era un hombre muy viejo, desaliñado, pero inofensivo.

—¿Sabe? Probablemente encuentre la muerte en la isla a la que vamos. ¿Por qué quiere ir allí? —preguntó el barquero en tono conversacional.

—Es por un asunto privado —le dije sin ánimo de nada.

—Luce muy desanimada señorita Hulsh; ¿sabe?, debiera estar en casa con su familia, a salvo.

—No tengo familia —repliqué secamente.

—Siempre se tiene a alguien...

Evité responderle. Observé a mi alrededor, el océano parecía gris, como si estuviera agonizando. Había mucha niebla que me impedía vislumbrar el horizonte. Definitivamente, estábamos entrando a una zona hostil.

De pronto, el lomo negro de un animal desconocido se asomó muy cerca de nosotros. Parecía un enorme pez, aunque no podía divisar su figura con claridad; el animal circundaba el bote de modo amenazante.

—¿Qué es eso, barquero? —pregunté alarmada.

—Es una rúviere, pero descuide, no podrá hacernos nada, este bote tiene dientes puntiagudos en la base, que impedirán que pretenda morder la madera.

—¿¡Morder!?! —exclamé azorada—. ¿Cuánto falta para llegar a Tráglatz?

—Tendremos suerte si llegamos antes del anochecer.

El enorme pez negro asomó su repugnante cabeza y me miró con ojos

enrojecidos de furia. Luché por ser valiente y no caer en pánico. El barquero me recomendó no mirar a la rúviere a los ojos.

—Se enfurecen aún más cuando las desafías y pueden llegar a inmolarsse, es decir, a dar un salto hasta el interior del bote y morir en el intento de darte un mordisco, que sería mortal, puesto que las rúviere segregan un veneno espantoso —explicó tranquilamente el anciano.

No supe qué hacer, tenía terror de morir allí, después de tantos esfuerzos, de tantas batallas. Evoqué el poema final, ¿realmente valía la pena todo este sufrimiento y peligro? Quise arrepentirme de haberme separado de Mar, seguramente él hubiera sabido resolver nuestra situación. Comencé a llorar desconsoladamente, en mi fuero interno quería más que nada llegar a Puerto Supremo y vivir para contarlo, pero también quería retornar a los brazos de Mar y reanudar mi vida con él. Tal vez no lo lograría, tal vez todo era una farsa alimentada por mi sed de aventuras, por mi egoísmo sin límites.

—No llore señorita Hulsh, verá que todo estará bien —dijo el barquero en tono consolador.

Luché por calmarme. No se me ocurrió mejor idea que escribir un poema para canalizar todo lo que estaba sintiendo. Desenfundé El Libro y mis dedos fluyeron.

### *MUERTE*

*Los ojos de la muerte se han clavado en mis entrañas,  
las lágrimas que antes eran de gozo,  
ahora me recuerdan que soy un ser mortal,  
débil, vulnerable, insignificante.*

*Te he dejado atrás,  
como las aves abandonan su nido  
y alzan vuelo en busca de aventuras.  
Sé que cometí el error más craso de mi vida,  
y quisiera arrancarme el corazón  
y terminar con esta trágica agonía.  
Me queda el sabor de tus labios,*

*me queda el recuerdo de tu mirada transatlántica,  
me quedan tus palabras y tu voz,  
aquella voz que me devolvió la esperanza  
y me entregó la felicidad.  
Ahora, solo me queda la muerte,  
mi espíritu jamás fue eterno,  
mi sangre es la sangre de un lamento  
y mi cuerpo es carnada para monstruos.*

*Solo tú puedes sacarme de este abismo,  
rezo para encontrar mi destino a tiempo,  
porque ese destino eres tú,  
porque es mejor recibir la eternidad con las mejillas rosadas;  
—la eternidad lleva tu nombre—,  
como el ocaso que gobierna la muerte.*

Cuando terminé de escribir, el barquero me dijo:

—¿Qué escribe usted?, es muy raro que en estas circunstancias le den ganas de escribir...

—Es un poema.

—¡Oh!, ¿es usted poeta? ¡Qué maravilla! —exclamó el anciano.

Insistió para que le leyera mi escrito, a lo que me negué, pero luego pensé que no tendría nada de malo.

—¿Y qué le pareció? —quise saber.

—Es muy oscuro, muy oscuro, y triste —se limitó a decir.

Yo me encontraba exhausta y muy tensa. Me quedé dormida en el bote, recostándome sobre mi bolsa de viaje. Grande fue mi sorpresa cuando al despertar, al cabo de unas horas, me encontraba en la costa de lo que parecía ser una isla. ¿Acaso había arribado a Tráglatz? Observé a mi alrededor, sólo veía árboles siniestros por todas partes y todo estaba oscuro; no había ni rastro del barquero o su bote y yo no sabía hacia dónde seguir mi camino. De pronto, comencé a escuchar todo tipo de alaridos raros y aterradores que se iban aproximando hacia donde me encontraba. En ese momento tuve una intuición: mi muerte estaba a punto de ocurrir. Imaginé todo tipo de escapatorias, pero no hallé ninguna.

Entonces, recordé las palabras de alguien que había dejado atrás, nada

menos que el dios nómada: «Debes creer que puedes volar. Un deseo ardiente, una creencia irrefutable. Dime, ¿crees en ti misma?», me había dicho. Yo había desafiado mi destino. Contra todo pronóstico, había sido capaz de entender la poesía, de escribirla incluso, y había vivido aventuras inimaginables. En ese momento sentí un fuego que me quemaba las entrañas, el poder de lo imposible haciéndose posible me gobernó, y, mientras veía todo tipo de criaturas monstruosas acercándose para devorarme, me elevé hacia el cielo de un salto, posándome en la copa de un árbol de unos cincuenta metros de altura. Sin embargo, también había criaturas deformes y agresivas que vivían en lo alto, de modo que escapé dando saltos, de copa en copa y guiándome por mi instinto. Al cabo de un rato, el sol comenzó a iluminar la noche. Arribé a una zona despoblada, totalmente desértica y pensé: *La muerte también me acecha en este desierto, donde ni las bestias de Tráglatz se aventuran*. No me quedaba otra opción, debía internarme en aquel desierto y tratar de buscar mi destino, ya que Mar me había dicho claramente que Puerto Supremo se encontraba cruzando aquella isla.

Yo aún no podía creer que había logrado escapar volando. Me senté en la arena, a tratar de recuperarme de tantas emociones aceleradas, sin embargo no pude descansar mucho tiempo: sentí que un bulto comenzaba a emerger, una especie de cola rojiza y escamosa. Me elevé nuevamente, tratando de recuperar el aliento; observé hacia abajo, un animal de unos treinta metros de largo, horrendo y terrorífico, se deslizaba por el desierto como un grúllere por el bosque. El animal se hundía en la arena y volvía a emerger como si buscara camuflarse para atrapar desprevenida a su presa. Yo no pude contemplar esta escena mucho tiempo, ya que el cielo también estaba poblado de seres extraños, aves gigantescas con cabeza de mujer comenzaron a rodearme. ¿Se trataría de las arpías que había mencionado Mar? Estas criaturas comenzaron a reírse burlescamente, yo solo me elevé por encima de sus cabezas arrugadas y emprendí vuelo hacia el horizonte, pues podía ver claramente dónde terminaba el desierto y comenzaba lo que parecía ser el océano. Me dirigí hacia allá, esquivando todo tipo de seres espeluznantes. Me preguntaba por qué los Dioses se hallaban en un lugar tan infernal, aunque mi objetivo no era conocerlos, sino vivir el poema final.

## XII

Haciendo uso de mis fuerzas últimas y con heridas por todo mi cuerpo, arribé a lo que parecía ser Puerto Supremo. No había ingerido alimento alguno en dos días, por lo que me encontraba muy débil. Aterricé en el verde pasto, había una cascada de agua cristalina, pequeñas montañas sobre las cuales jugueteaban animales de inefable belleza: un ser parecido a un lobo marino con ojitos negros y suave pelaje de donde nacían flores se acercó donde yo estaba y me tendió una afable sonrisa; me pareció haberlo visto antes.

—Bienvenida, Hulsh —pronunció ante mi sorpresa.

—Gracias, ¿es éste Puerto Supremo? —quise saber.

El animal asintió. Y, sin poder evitarlo, me desmayé.

### XIII

No sé a ciencia cierta qué sucedió en Puerto Supremo aquel día. Solo recuerdo la visión de las olas embistiendo la orilla en el fin del mundo, y mi cuerpo sumergiéndose en el mar. Detrás de la nada todo era indescriptible. Por primera vez, Mar y yo hicimos el amor, pero fue un acto espiritual inenarrable. Me tomé el tiempo para escribir todo esto y que llegara a manos de alguien para que pudiera saber, que el poder de la palabra es inconmensurable. Después de terminar mi historia, deposité El Libro en la costa de Puerto Supremo, y me fui a habitar la eternidad.

No tengo miedo, no regresaré.

## Sobre la autora

Karina Luz (Perú, 1986) es escritora y gestora cultural. Egresada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional de Trujillo. Obtuvo primeros lugares en concursos literarios a nivel nacional. Fue invitada como escritora al I Encuentro Binacional de Poesía Joven en Ecuador (Ministerio de Cultura de El Oro, 2011); a la velada literaria *Soirées Littéraires Millefeuilles* (Instituto Cultural Peruano-Luxemburgués, 2011); al IV Festival de Poesía de Lima (Asociación Harawi Tinkuy, 2013); a Arequipa Imaginada, programa de recorrido de autores por ciudades peruanas, evento organizado por la Dirección del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura del Perú (2017). Ha publicado el poemario *El Ángulo Abierto de la Noche* (2015), el cuentario *Planeta Délfico y Otros Cuentos* (2017), el poemario en inglés *Enlightenment of Derangement* (2018), el poemario *En este desierto florecen océanos* (2018) y las novelas *El Guardián del Planeta Délfico* (2018) y *Viaje al fin del océano* (2019). Poemas y cuentos de su autoría fueron publicados en antologías y revistas de Perú, México, España e Isla Margarita.

[www.karina-luz.com](http://www.karina-luz.com)

## Otros títulos de la autora

[El Ángulo Abierto de la Noche](#)

[Planeta Délfico y otros cuentos](#)

[Enlightenment of Derangement](#)

[En este desierto florecen océanos](#)

[El Guardián del Planeta Délfico](#)